

CAPERUCITA ROSA Y EL LOBO FERROZ

JACOBO SCHIFTER SIKORA

EDITORIAL ILPES

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
INTRODUCCIÓN.....	13
La revolución de la pornografía _____	13
El sida como detonante _____	21
La revolución del cuerpo _____	24
1. METODOLOGÍA DEL ESTUDIO _____	29
El primer estudio (1989) _____	29
Origen del estudio y organización (1998) _____	30
Objetivo _____	32

El calendario de trabajo _____	32
El estudio cuantitativo _____	33
El estudio cualitativo _____	36
2. LA GEOGRAFÍA DEL DESEO: I989 _____	41
Los parques y sus tributarios _____	41
El cine _____	47
Los saunas _____	50
3. LA GEOGRAFÍA DEL DESEO: I998 _____	59
Parque Monumental _____	59
Nuevos parques de ligue _____	61
Los “Malls” _____	63
Universidades _____	64
Parques recreativos _____	65
La Llanura _____	66
Cine porno _____	67
Videos pornos _____	70
Saunas _____	71
Números _____	72
4. AL HOMBRE... SIN LA PALABRA _____	75
El lenguaje de la metáfora _____	77
La escuela del sexo público _____	84
El lenguaje y la “différance” _____	86
5. LA CLIENTELA GAY _____	89
El modelo gay de sexo público _____	90
6. LA VIOLENCIA Y EL SEXO PUBLICO _____	109
No comunicarás (la historia de Juan) _____	112
Cuerpos invadidos (la historia de Alberto) _____	114
Lo erótico del peligro (la historia de Pepe) _____	116
Sexo no verbal (la historia de Emilio) _____	118
La necesidad de desconectarse (la historia de Miguel) _____	120
7. CACHEROS Y CHAPULINES _____	123
Los cacheros _____	126
Los “chapulines” _____	130
El cuerpo vulnerable _____	132
Caperucita se enfrenta al lobo feroz _____	135
La mirada: de “chapulines” a príncipes _____	136
8. CHOQUE DE CULTURAS _____	141
El lenguaje del crimen _____	144
10 reglas que podrían salvar la vida _____	150

La visita al castillo_____	151
¿Es revolucionario el sexo público? _____	156
9. LOS POLICÍAS _____	159
El cuerpo educado _____	162
Homofobia _____	166
Si vives con hombres..._____	168
Dios, líbranos de la tentación de todos los días..._____	171
CONCLUSIONES.....	175

PRÓLOGO

Las preguntas que queremos contestar en este libro son varias: ¿Qué fue necesario para que una cultura gay latina tradicional haya cambiado drásticamente las reglas del juego y haya tomado los lugares públicos para exhibir lo que antes era prohibido? ¿Cuál ha sido el o los detonantes que provocaron el cambio? ¿Son peligrosos o no estos lugares para la infección con el VIH? ¿Cómo es que la comunidad gay costarricense pudo reducir la infección con el VIH y el número de hombres gays con sida? ¿Es posible para los homosexuales hacer cambios significativos en sus deseos y en sus prácticas sexuales? ¿De dónde se originó el lenguaje? ¿Cuáles son, cómo funcionan y cómo evolucionan los lugares de sexo público en un país latinoamericano? ¿Quiénes son los actores principales, sus motivaciones y sus problemas? ¿Cómo interactúan y se influyen entre sí los diferentes grupos que participan y cuáles son los problemas principales de comunicación? ¿Por qué se cometen asesinatos de hombres gays y cómo se podrían prevenir? ¿Es siempre “progresista” el sexo público en un país latino?

Para contestar estas preguntas, el Departamento de Investigación de ILPES inició en 1989 una investigación cualitativa y cuantitativa que ha durado casi una década. Nuestra misión principal, como siempre, ha sido investigar los patrones de conducta gay para realizar prevenciones efectivas en contra de la infección del VIH. Nunca ha sido nuestro interés denunciar estas actividades, ni perseguir a quienes las practican. Por el contrario, creemos que el sexo público ofrece una serie de oportunidades para que un sector de la población “trabaje” algunos problemas en la comunicación sexual y hasta se eduque en el sexo seguro. Por lo tanto, hemos cambiado por nombres ficticios los lugares y los personajes, su ubicación y algunas de sus características con el fin de proteger a las personas que tanto nos ayudaron en esta investigación. También estamos conscientes de los grandes peligros que acechan a los participantes y de ahí que les prestemos una gran atención. En los últimos años, muchos hombres gays han sido asesinados por clientes de estos lugares y creemos que nuestro estudio sugiere algunas reglas básicas de seguridad.

Entre los objetivos del ILPES está la empoderación de las minorías sexuales. Pero creemos que éstas no han contado con mucha voz y menos en la investigación social latinoamericana. Los estudios tradicionales suelen hacer citas de sus entrevistados pero continúan bajo la dictadura del autor. Es él o ella quien nos da las grandes y últimas interpretaciones. En nuestro caso, hemos intentado dar una mayor participación a nuestros informantes, respetando su lenguaje y su forma de ver las cosas, como también dándoles la voz en muchos de nuestros análisis. Hemos encontrado, por ejemplo, que los delincuentes pueden ellos mismos analizar el delito mejor que nosotros, y también que los participantes activos de los lugares públicos pueden ser excelentes etnógrafos. Esta democratización del proyecto de investigación tiene sus problemas. En algunos momentos nos hubiese gustado que mucho de lo recopilado fuera más “políticamente correcto” y que las minorías tuvieran un lenguaje menos rudo y grosero para los oídos sensibles. También, que mucho del humor que tienen fuese menos homofóbico, inclusive el de los gays mismos. Pero creemos que es mejor mostrarlos tal como son, sin la terrible censura de su lenguaje que es característico de la ciencia social latinoamericana.

Esta investigación tuvo la participación de un equipo profesional que está a la vanguardia del trabajo en minorías. Entre ellos, Rodrigo Vargas, estadístico y organizador clave de este estudio; Dino Starcevic, periodista; Luis Villalta, coordinador del proyecto para ex privados de libertad “Escucha Su Voz”, quien realizó el trabajo con la policía; Antonio Bustamente, director del proyecto “El Salón”, un programa para delincuentes juveniles de la calle; Abelardo Araya, coordinador del programa “Movimiento 5 de Abril”, para gays y lesbianas quien ayudó en la observación etnográfica en los lugares públicos; Lidia Montero, directora de la Editorial ILPES, y Héctor Elizondo, coordinador del “2828”, programa para jóvenes gays de la calle y quien me ayudó a contactar a muchos de los trabajadores del sexo. Como siempre, Julián González, principal editor de nuestros trabajos y David Gorn, el diseñador de portadas y encargado del levantamiento del texto.

A todos ellos mi más sincero reconocimiento por su gran labor.

Aunque la democracia es nuestra meta es importante tener una sola víctima que pueda ser demandada por lo que a continuación se escribe. De ahí que la responsabilidad, a pesar de la deuda enorme que tengo con todos los que participaron en esta investigación, es del todo mía.

JACOBO SCHIFTER SIKORA

INTRODUCCIÓN

La revolución de la pornografía

Para Michel Foucault, la historia no tiene un desarrollo predeterminado, ni existe evidencia de que el conocimiento y la experiencia sean acumulativas, ni que los cambios se den por el avance científico¹.

El filósofo más bien cree que son los accidentes y las interrupciones los que los provocan. En su análisis del nacimiento de la clínica, el filósofo-historiador nos demuestra cómo serían la peste y la concentración de cadáveres, y no los descubrimientos científicos, los que llevaría a los médicos a realizar las autopsias para estudiar la enfermedad. Este hecho fortuito sería el responsable de que se pasara de una medicina de síntomas en que la enfermedad era una lectura social de la vista y el oído, hacia la medicina moderna en que se pasaría al tacto y a los órganos internos. Solo cuando se dio este salto mental, se sintió la necesidad de abrir los cadáveres.²

De la misma manera que Foucault, creemos que son accidentes y hechos fortuitos los que generan pequeñas revoluciones en el pensamiento. Es probable que la cultura homosexual costarricense, y posiblemente la latina en general, de no haber sido confrontada con un trauma histórico, hubiese continuado encerrada en el closet.

Costa Rica es un pequeño país de América Central y uno de los pocos lugares en el mundo donde existe una religión oficial. Igual que en Irán, no hay separación entre la religión y el Estado. De ahí que la educación pública incluya clases de religión para todos los estudiantes. Todos los costarricenses contribuyen con sus impuestos a pagar los salarios del alto clero. La Iglesia está representada en los actos oficiales del gobierno y no existe un sector de la vida del país que no esté influido por ella. Durante las fiestas cristianas, la nación entera se paraliza para dar campo a las celebraciones. Hasta hace pocos años, la gente le tiraba piedras a los vehículos que circulaban durante la Semana Santa y en los edificios estatales abundan imágenes religiosas. En las instituciones públicas y privadas se tienen rezos; la mayoría de los pueblos tiene nombre de algún santo y los periodistas invocan a Dios hasta en sus informes meteorológicos. “Lloverá mañana, Si Dios quiere”, se dejan decir en la televisión.

Cuando un nuevo gobierno comienza su gestión, su primer acto oficial es hacerle una visita a la Virgen de los Angeles, la “patrona del pueblo”. Una vez al año, cuando la Virgen es trasladada en helicóptero desde Cartago, lugar donde se encuentra, hasta la capital del país, San José, los arzobispos le piden al pueblo que saque espejitos para que la saluden cuando pasa encima de los techos de sus casas. En un artículo publicado por el diario costarricense *La Nación*³, se informa de que la Virgen, como si fuera un ser vivo, “estará este fin de semana en Talamanca”. Un lector no familiarizado con las costumbres del pueblo costarricense podría creer que la estatuilla de piedra se fue de vacaciones o está de “shopping” (compras).

La Iglesia tiene un poder de veto en muchas de las decisiones públicas y privadas. Cuando en 1987 un grupo de lesbianas quiso realizar un congreso en el país, la Iglesia protestó ante el gobierno por haber otorgado el permiso y fustigó a las masas en su contra. El entonces Ministro de Seguridad, que unos años después llegaría a ser Presidente del Congreso, declaró que no dejaría que las participantes extranjeras ingresaran en el país. Según este personaje, las lesbianas eran fáciles de reconocer en un aeropuerto internacional. Mucha gente se burló de él aduciendo que el brillante político había inventado un “lesbómetro” para reconocer a las lesbianas.⁴

En Costa Rica, el gobierno no ha podido brindar educación sexual en los colegios. La Iglesia Católica se ha opuesto a los manuales que se elaboraron para tal fin. Sus argumentos son que las guías tienen “irregularidades morales”. La Iglesia exige cambios, como incluir su visión de la sexualidad que se opone a las relaciones sexuales prematrimoniales, las prácticas sexuales no reproductivas, el aborto provocado, los métodos de planificación familiar, el respeto a la diversidad sexual y el uso del condón. También se pide que las guías sean impartidas, entre otros, por los más inexpertos en el tema: los profesores de religión.

No es de extrañar que la censura religiosa fomente la ignorancia. Por ejemplo, aproximadamente el 40% de los jóvenes duda o no sabe si con la primera regla una muchacha inicia su etapa fecunda y solo el 30% conoce cuándo es más probable que la mujer pueda quedar embarazada. Además, existen mitos: aproximadamente el 55% de los jóvenes de ambos sexos cree que la masturbación es dañina y un porcentaje levemente menor, que existen vacunas para prevenir las ETS (enfermedades de transmisión sexual)⁵

La manera tradicional en que los costarricenses llevan su vida sexual ha sido compartimentalizándose. En otras palabras, separando en sus cabezas la teoría de la práctica. El discurso sexual de la Iglesia no es cuestionado pero la gente hace, en el campo heterosexual, otra cosa. Este patrón se asemeja a lo que los criollos (españoles nacidos en el Nuevo Mundo) hacían durante la época colonial con respecto a las leyes de la Madre Patria: “Obedezco pero no cumplo”, o sea, no cuestiono la autoridad pero hago lo que me da la gana.

En el Nuevo Mundo, la esclavitud, la subordinación de los indígenas y la necesidad de mano de obra hicieron imposibles las normas cristianas sobre la sexualidad solo en el matrimonio. En Costa Rica, la pobreza colonial y su alejamiento del poder político que se encontró durante siglos en Guatemala, conformó una Iglesia Católica más pobre y con menos recursos para imponer su visión de la sexualidad.⁶

La Iglesia Católica predicaba la castidad sexual antes del matrimonio y la prohibición del adulterio y el divorcio. Sin embargo, tuvo que convivir con una población expuesta a una realidad que favorecía más bien lo contrario. La falta de mano de obra durante el período colonial y la incorporación del país en la economía internacional por medio del café en el siglo XIX, crearon una gran demanda de mano de obra y de poblaciones migrantes, que a su vez estimuló la aceptación de los hijos nacidos fuera del matrimonio.

La realidad económica y política distinta determinó que la gente optara por no hacer caso de muchas de las interdicciones. En lo espiritual, los mismos escritores católicos admiten que los costarricenses se preocupaban más por la forma que por el contenido. La Iglesia Católica tuvo que adaptarse a la realidad de que “la conversión nunca fue total”. Con respecto a la población hispánica, Blanco menciona que la religión cristiana se asimiló más por la forma que por el intelecto.⁷

Ser católicos de fe y no obedecer su moral religiosa han sido característicos de la nacionalidad costarricense y latina en general: el 42% de los nacimientos se da fuera de matrimonio; los hombres tienen en promedio 10 parejas más que las mujeres; el 18% de los hijos son de madres menores de 20 años; el 45% de los embarazos no es deseado⁸; la tasa de divorcios es del 20% anual; el 35% de las mujeres ha sido víctima de agresión física o psicológica por parte de su pareja; el 27% de la población universitaria ha sido víctima de abuso sexual infantil⁹ y se producen anualmente, cerca de 5 mil abortos inducidos¹⁰.

En Costa Rica, las personas con una escasa escolaridad y una baja condición socioeconómica, son las que, en promedio, tienen tasas de natalidad más elevadas. La tasa de fecundidad de los sectores medios es 3.01 y la de los bajos, 4.17, o sea un 30% más alta¹¹. Este sector de la población es precisamente el más religioso y el más afectado por las políticas anticonceptivas de la iglesia.¹² Para las clases medias y altas, cuando las alternativas de planificación fallan, existe siempre la posibilidad de hacerse un aborto en Miami.

Sin embargo, para la Iglesia Católica, ir en contra de la infidelidad de la mayoría de la población es como nadar contra corriente. Su actitud ha sido la de hacerse la vista gorda con respecto a las “fallas morales” de los costarricenses y de sus propios sacerdotes, que incluso tienen hijos reconocidos públicamente.

Si existe una doble moral heterosexual, no es difícil imaginar lo que sucede con la homosexualidad.

En este campo, también se dice una cosa y se hace otra, aunque en una relación de poder muy distinta. Durante los años cincuentas, por ejemplo, la policía hacía redadas en los bares gays y rapaba la cabeza de los clientes para que éstos fueran reconocidos en la calle. Estas prácticas continuaron sin resistencia formal hasta 1987.

Hasta mediados de la década de 1980 la actitud de los gays costarricenses no difería de la de los heterosexuales: no se cuestionaba el discurso dominante católico sobre la sexualidad pero tampoco se seguía al pie de la letra. Los gays ticos, de la misma manera que sus semejantes en el resto de Latinoamérica, aprendieron a vivir una doble vida en la que esconder la homosexualidad era tan importante como practicarla. Aunque nunca se explicitó un acuerdo entre el Estado, la Iglesia y los

homosexuales, ciertas reglas de convivencia, o tolerancia mínima, se establecieron:

1. No se permitía cuestionar el discurso religioso principal, ni la ausencia de respeto a los derechos minoritarios, ni la normalidad y la moralidad de la heterosexualidad.
2. El sexo gay debía mantenerse totalmente escondido del público. El tema de la homosexualidad estaba vedado en la prensa, la educación sexual y en las producciones artísticas.
3. Como toda información era censurada, no existía otro modelo que el heterosexual: la penetración se consideraba el verdadero sexo y los gays se dividían en pasivos y en activos, de acuerdo con sus preferencias en el coito anal.
4. Solo se aceptaría un número pequeño de bares con el fin de evitar que los homosexuales ligaran en la calle. Ninguno de ellos contaría con reconocimiento oficial de su actividad. Mucho menos se aceptarían lugares gays públicos como restaurantes, centros recreativos, hoteles y otros. Los bares que se toleraran debían encargarse ellos mismos de pagar “mordidas” (sobornos) para seguir funcionando.
5. No se permitiría establecer organizaciones públicas de homosexuales.
6. La Iglesia podía arremeter contra los homosexuales de una manera distinta de como lo hacía con los heterosexuales. A diferencia de los últimos, los primeros eran una minoría pequeña que podía ser acusada de todos los problemas morales del país.

Estas reglas, nunca oficializadas pero sí cumplidas fielmente, hacían que la vida gay costarricense estuviera sumida en un “closet” profundo. Los clientes de los bares vivían con el temor de ser detenidos. Los dueños, pagando mordidas para operar y la clase media gay, socializando más en fiestas privadas. Ser revelado como gay era una vergüenza social y un peligro económico mientras que estar en el closet deparaba cierta privacidad y beneficios. En la encuesta realizada en 1989, encontramos que los gays costarricenses vivían muy escondidos. Ante la pregunta de quiénes conocían su identidad sexual, el 55% de los que asistían a bares admitía que su padre no sabía de ella. El 40% de las madres tampoco conocía la identidad, ni el 49% de sus médicos de cabecera, y el 68% de los vecinos¹³.

La vida en el closet era una fuente de problemas pero también tenía sus beneficios:

1. En vista de que el tema de la homosexualidad era censurado, ésta se retrataba como un acto criminal en los medios de comunicación. Para el público heterosexual, ser homosexual equivalía a ser un ladrón o asesino.
2. Dada esta imagen de la orientación sexual, ningún gay tenía beneficio de revelar su identidad. Por el contrario, ser expuesto como homosexual llevaba a la persona a ser despedida de su trabajo y expulsada de su familia. El precio que pagar por la revelación era la muerte social.
3. Esta imagen distorsionada ayudaba a los mismos homosexuales: la gente tenía problemas en reconocer a los gays porque los asociaba con los criminales y no podía concebir que una persona corriente lo fuera. Pocos homosexuales eran entonces perseguidos y la mayoría pasaba inadvertida. Ellos podían vivir juntos, viajar y socializar con otros hombres sin que los demás sospecharan que eran parejas. El machismo latino, o sea la existencia de una cultura que excluye a la mujer, trabajaba en este campo a su favor: los hombres heterosexuales u homosexuales solían socializar más entre ellos que con ellas.

Foucault no cree que los cambios en el pensamiento se susciten por acumulaciones de experiencias, o desarrollos científicos. Ésto se demuestra por el hecho de que Stonewall (el levantamiento armado gay en Nueva York) en 1969, el auge del movimiento gay norteamericano, el debate de la psiquiatría sobre la homosexualidad y la lucha por la paz centroamericana, no cambiaron el *statu quo* de los gays en Costa Rica. Mientras Oscar Arias, presidente del país en 1986-1990, recibía el Premio Nobel de la Paz por su mediación en el conflicto centroamericano, su gobierno realizaba las peores redadas en contra de los bares gays. Mientras el precio de la revelación de la identidad se

mantuviera alto (o sea que la represión fuese imponente) y el closet ofreciera ciertos beneficios (la posibilidad de ciertos y reducidos espacios para la homosexualidad), la población gay no daría muestras de cuestionar el statu quo.

George Simmel¹⁴ opina que los grupos oprimidos que optan por “acomodarse” a una situación desventajosa, siempre obtienen menos de lo que desean. Este “acomodo” puede durar años, siglos o milenios, pero es un frágil arreglo. Los sectores subordinados han aceptado una situación no óptima y estarán siempre alertas a cualquier intento por parte de los grupos dominantes de alterar los términos del “acomodo”. También considerarán cualquier oportunidad para mejorar la situación desventajosa en que se encuentran, cuando su poder se haya incrementado o la subordinación se haya vuelto intolerable. Toda situación subordinada es, para Simmel, prerrevolucionaria. Un detonante se encarga, en cierto momento, de hacer estallar las cosas.

En Costa Rica no se dio una guerra como la de Vietnam, ni un movimiento de liberación de los negros y las mujeres que promoviera un “Stonewall” a la norteamericana¹⁵. De ahí que aunque el movimiento gay norteamericano tuvo alguna influencia en el país, las cosas siguieron igual en la década de los setentas y parte de los ochentas. Sin embargo, a mediados de los ochentas la situación cambiaría radicalmente. El closet dejaría de ser un lugar seguro y la homosexualidad se haría visible de dos maneras: la organización política (que no es tema de este libro) y el auge del sexo público.

El sida como detonante

En el caso costarricense, la información sobre el sida había llegado antes de que aparecieran, en 1983, los primeros casos. A pesar de ello, la epidemia se desarrolló rápidamente. En vista de su homofobia, los gobernantes pensaron que mientras ésta cobrara solo víctimas homosexuales, ¿para qué detenerla? La reacción hostil, de pánico y de repugnancia, de odio y de rechazo que sufrieron los gays con sida en los hospitales, hizo más evidente que nunca la opresión homosexual. Las historias de enfermeros y enfermeras que rehusaban acercarse a los pacientes, de doctores que se mofaban de sus maneras, de microbiólogos que rehusaron hacerles exámenes de sangre a los homosexuales, hicieron patente que la situación no era un lecho de rosas. La persecución que hizo la Iglesia Católica contra los gays no fue menos virulenta. Se aprovechaba la epidemia para culpar la “inmoralidad” sexual como su causa:

El sida es... una advertencia. Existe un plan divino, cierto orden; si los hombres no lo siguen hay advertencias de que las cosas andan mal. El problema del sida ya nosotros sabíamos que venía: en la Biblia está escrito, lo que pasa es que la gente no lo conoce, lo ignora. En un mundo como el nuestro, tan lleno de maldad, destrucción, los hombres se matan, hay vicios, homosexualidad... Por eso apareció el sida¹⁶.

Pero el sida tuvo un impacto aún más amenazante que la hostilidad social: el fin del anonimato. Pronto el Ministerio de Salud empezaría a rastrear los ligues sexuales de las personas enfermas con el supuesto fin de pedirles que se hicieran el examen del VIH. En vista de que se solicitaban los nombres de los compañeros sexuales de los últimos diez años, pronto media comunidad gay estaba en las listas. En un pequeño país como Costa Rica, en donde no existe ni confidencialidad ni anonimato para tirarse un pedo, la mayoría de los homosexuales activos estaban en las manos de un homofóbico ministro de salud.

El mismo examen del VIH era una fuente de información. El que varias personas participaran en el proceso de rastreo, entrevistas, tomas de pruebas de sangre, exámenes y resultados, hacía imposible garantizar la confidencialidad. Para muchos hombres gays, solo el hecho de ser llamados a una entrevista por sospechas de infección con el VIH era una forma de ser sacados del anonimato. La misma población heterosexual llegó a enterarse de que la imagen que tenía de los homosexuales era falsa y

perdió su “inocencia” acerca de quienes lo eran. Ahora dos hombres que vivían juntos y que parecían “decentes” eran vistos como homosexuales. El tío soltero de cuarenta años dejaba de ser percibido solo como un excéntrico.

El gran número de personas gays con sida se encargó de revelar los nombres de la mayoría de los gays. Cada persona que se enfermaba y moría, dejaba una cadena de amigos y conocidos que ahora eran vinculados con su orientación sexual. Los costarricenses homosexuales serían sacados del closet por la pandemia.

Para un país pequeño y para una comunidad gay aún más reducida, la epidemia tendría un efecto devastador. De 1983 a julio de 1998, 923 homo-bisexuales desarrollaron la enfermedad. Si calculamos un subregistro de un 30 a un 50%, de 276 a 461 más individuos se enfermaron sin que las autoridades fueran informadas. Cada año entre 26 a 127 hombres homo-bisexuales desarrollaron la enfermedad. Los que fallecieron en este período fueron 506, o sea aproximadamente 2 hombres homo-bisexuales por semana¹⁷. La asociación del sida con la comunidad que hasta 1996 representaba más del 67% de los casos, revelaba la orientación sexual. También la de los amigos, conocidos y compañeros de las personas con sida.

El trauma de perder a casi un millar de personas y el hecho que otros miles se contagiaron, tendría un gran impacto en la comunidad gay y en la manera en que ésta se relacionaba con la mayoría heterosexual. Los homosexuales se dieron cuenta de que el escondite y el disimulo a la latina no servía más. La epidemia prometía avanzar sin tropiezos en vista de que el gobierno no estaba dispuesto a realizar ninguna campaña de prevención y más bien su política inicial fue aumentar el número de redadas y crear un pánico ante el sida.

El cinco de abril de 1987, el Ministerio de Salud, ante el avance del sida en los gays, decidió hacer una redada, con el fin de “prevenir” la epidemia, en el Bar La Torre, la discoteca gay más popular en ese entonces.

Cientos de gays fueron conducidos a la cárcel sin que presentaran su protesta. Algunos me dijeron que se sentían como los judíos que iban para el matadero. Las risas irónicas de los policías, el trato como si fueran criminales, el Viceministro de Gobernación Ramos, dirigiendo y observando los acontecimientos y disfrutando del espectáculo bochornoso¹⁸.

A diferencia con Stonewall en los Estados Unidos, no hubo un levantamiento armado esa noche, ni la siguiente, ni ninguno hasta ahora. Pero las cosas cambiarían. Por vez primera en la historia del país, los gays y las lesbianas se unieron para formar la primera organización política y protestar en la prensa por la redada. De este movimiento surgirían varias organizaciones políticas y de lucha contra el sida, como programas de prevención y una serie de instituciones y negocios gays que nada tienen que envidiarle a las grandes urbes latinoamericanas.

La Asociación de Lucha contra el Sida, fundada en 1987 y el ILPES, en 1993, tendrían como objetivo realizar la prevención en la comunidad que el gobierno no estaba dispuesto a hacer. A partir de ese año, se programaron cursos de prevención y concientización para gays con el fin de incentivar el sexo seguro.

Incentivar el sexo seguro implicaba algo más que el uso del condón. En la sesión de sexo más seguro (los talleres tienen 12 sesiones de 3 horas cada una), los facilitadores estimulan la consideración de otras formas de hacer sexo que no sea la penetración. Uno de los ejercicios, por ejemplo, consiste en imaginarse qué pasaría si los hombres no tuvieran genitales y quisieran aún así tener relaciones sexuales. Otra sesión valora la masturbación como sexo completo.

El sexo oral como alternativa segura (a pesar del debate sobre el asunto) es incentivado. Las películas pornográficas también. Sin embargo, uno de los temas más importantes es el de la culpa cristiana y la persecución de la homosexualidad. Los talleres tratan de analizar por qué la Iglesia cristiana persigue a los gays y cómo se les invisibiliza y hostiga por medio de una moral sexual arbitraria.

Unos 3000 hombres gays y bisexuales han cursado los talleres del ILPES¹⁹. En una comunidad pequeña, ésta es una cifra importante porque la información, el cuestionamiento y las alternativas se comparten con otros compañeros y la diseminación de las ideas va más allá del número oficial de participantes.

Los talleres no solo incentivan la organización gay, sino que también cuestionaban la sobrevalorización de la penetración en la cultura latina. Como nos dice uno de los facilitadores, “era hora que los latinos dejáramos de pensar que sexo era solo coger”.

En la encuesta que realizamos en 1989 encontramos que la penetración era la práctica sexual preferida. De acuerdo con 162 hombres gays que acudían a bares y que fueron escogidos al azar, solo el 23% admitía sentirse muy excitado por felar a un hombre con condón. Si no se usaba el condón, el número subía a 48%. Cuando se les preguntaba por la penetración anal activa, los que admitían sentirse muy excitados con ella subían a 41% con y 64% sin condón. En otras palabras, casi el doble prefería la penetración al sexo oral²⁰.

La revolución del cuerpo

A pesar de la organización política gay en el país, la membresía en todas ellas no llega en 1998 a las 100 personas. A una generación que creció en los años sesentas y setentas no le es fácil dar la cara abiertamente en un país tan pequeño como Costa Rica. Como la represión social es aún imponente, la mayoría de los gays que han tomado los cursos siente temor de exponerse por medio de su participación política. Sin embargo, el sida no ha dejado de tener un impacto en ellos. Por un lado, los talleres dieron la teoría para cuestionar el modelo de penetración que imperaba en el país. Por el otro, la pornografía daría la práctica de cómo llevarlo a cabo.

De acuerdo con Gary W. Dowsett²¹, algunos estudios en los Estados Unidos habían sostenido que la organización y la participación en la comunidad gay no era un factor importante para explicar los cambios en el sexo seguro. Sin embargo, la “participación” se definía como el interés o el activismo en organizaciones gays. En Australia, por el contrario, se consideró que ésta debía incluir no solo lo político, sino lo social y lo sexual. En otras palabras, “participación” no significaba solo militancia, sino también cuánto la gente socializaba en bares y en centros públicos reconocidos como áreas homosexuales. Cuando esta información se incluyó, se descubrió que el factor más importante para explicar la reducción del sexo inseguro era el grado de “participación” en la comunidad gay.²²

La renuencia de los científicos sociales a incluir en el rubro de “organización” lo no político en el mundo gay, ha llevado a descuidar los cambios importantes que los centros sociales y sexuales han propiciado. En Costa Rica, al igual que en Australia, los centros de ligue homosexuales sufrieron una especie de “revolución sexual del deseo”. Los homosexuales realizaron cambios enormes en sus prácticas y en sus fantasías sexuales, demostrando que la sexualidad es algo que se construye todos los días y que no es un estado mental fijo, como postularían algunos psiquiatras.

En la encuesta de 1989, durante los cinco primeros años de la epidemia, la gente gay había empezado a hacer cambios en sus prácticas sexuales. Los asistentes a bares habían reducido varias prácticas con los compañeros casuales o esporádicos (personas que no eran la pareja) y habían bajado la frecuencia de la penetración con los siguientes porcentajes:

Penetración anal activa:	34%
Penetración anal pasiva:	37%

Por otro lado, la masturbación había sido significativamente incrementada en el 60% de los casos. El 40% nunca había hecho el sexo oral.²³

De los informes de los talleres de prevención se deriva que hubo un período de pánico durante los primeros años de la epidemia en que los gays prefirieron alquilar películas pornos y masturbarse en el

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

